



Domingo XXVIII Tiempo Ordinario

Ciclo A
15 de octubre de 2023

I NOTAS EXEGÉTICAS

Isaías 25,6-10^a

El Señor preparará un festín y enjugará las lágrimas de todos los rostros

El nombre de Isaías significa Yahvé salva, y justo este es el drama que se desarrollará a lo largo de todo el escrito que lleva su nombre. La profecía que encontramos a lo largo de este libro, trata de descubrir ante el lector la voluntad y el poder salvífico de Dios, que se desarrolla en medio de la situación de sometimiento del pueblo de Israel a los diferentes reinos que luchaban por el control y el dominio de toda aquella región desde el siglo VII hasta el IV a.C. (asirios, babilonios y persas), quienes se van apoderando del pueblo de la Alianza, sometiéndolo a vasallaje mediante fuertes impuestos.

Este pasaje se encuentra en una sección que abarca los capítulos 13 a 27, que a su vez son comprendidos en dos momentos: los “oráculos contra las naciones” (13-23) y el apocalipsis de Isaías (24-27). La trama que se desarrolla a lo largo de los oráculos consiste en la proclamación de la justicia de Yahvé sobre Israel y Judá, vista desde el horizonte de la condena que hace Yahvé de la soberbia de las naciones (Babilonia, Asiria, Filistea, entre otras) que rodean al pueblo de la Alianza.



En el capítulo 24 entra en la perspectiva del profeta la humanidad entera y los oráculos alcanzan su meta en la proclamación de Yahvé como rey en Sión, pero antes de que esto suceda los reinos de toda la tierra deben ser juzgados por su soberbia y los injustos deben ser aniquilados de la tierra. Después del juicio, tanto el *resto de Israel* como aquellos provenientes de las demás naciones que hayan sido salvados, están llamados al banquete festivo del monte Sión. La caída de las naciones altivas, primera entre todas el imperio neo-babilónico, es el preludio necesario para el reinado definitivo de Dios en Sion.

El juicio de Dios consiste en la maldición y la devastación de la tierra, es el fin de la alegría (24,1-12); después del tiempo del juicio universal se lleva a cabo una segunda cosecha. Del mismo modo que Noé fue salvado por Yahvé del diluvio a causa de su justicia; lo que en tiempos de Noé fue el arca salvadora, ahora en este tiempo lo es el Monte Sión. El júbilo de los que han escapado del juicio resuena en todo el mundo y la aclamación "Gloria" descubren a Yahvé y su justicia salvadora; a Dios, que pide cuentas a los violentos y rehabilita a las víctimas de violencia y de injusticia. Por todo lo anterior, la intervención salvadora de Yahvé se celebra con un gran banquete de manjares suculentos, vinos añejos y manjares deliciosos.

Salmo 22, 1-6

Habitaré en la casa del Señor por años sin término

Este salmo ha sido atribuido a David en cuanto pastor y rey, a quien la tradición ha visto como fundador del orden sagrado del templo de Jerusalén. El salmo es la oración de un devoto a quien sus enemigos han acusado y perseguido, queriéndolo expulsar del culto del Templo; pero él se ha defendido, ha triunfado y ha podido mantenerse en el Templo confesando a Yahvé como su Dios tanto en su entorno interior, su experiencia personal de vida, como en su contexto social, en su servicio al culto en el Templo de Jerusalén.

La experiencia de fe que nos presenta el salmista tiene dos lugares, en primer lugar está la experiencia trashumante del pueblo, en la que se descubre a Yahvé como pastor que protege, guía y alimenta al rebaño, es decir, al pueblo y al orante que los conduce por caminos peligrosos (evocando





los riesgos de trashumar por el desierto). En segundo lugar, está la experiencia de Dios vinculada al Templo (la casa) de Yahvé, en la ciudad de Jerusalén, cuando el orante es ungido y participa de la mesa de la misericordia en la que podrá mantenerse como triunfador frente a sus enemigos.

De modo implícito, el salmista evoca la identidad israelita en dos momentos fundamentales, en principio Israel ha sido un rebaño guiado y defendido por Dios en la etapa de patriarcas, pastores o hebreos caminantes del desierto; en un segundo momento, es una comunidad de creyentes reunidos en torno a la mesa del Templo donde Dios aparece como anfitrión que atiende a sus invitados, los unge, los glorifica y alimenta, no ya como ovejas del rebaño, sino como huéspedes y amigos de la casa.

Lo característico de la oración que hace el salmista es que en ambos lugares, tanto en el desierto como la ciudad, tanto trashumante como sedentario, siempre experimenta la compañía y la protección de Dios que le anima y le sostiene hasta ponerle en el más destacado de los lugares, triunfante sobre sus enemigos, experimentando siempre la bondad y misericordia de Dios.

Filipenses 4,12-14.19-20

Todo lo puedo en aquel que me conforta

La comunidad de la ciudad de Filipo se ha enterado del encarcelamiento de Pablo en Éfeso, por tal razón decidieron enviar allí a Epafrodito para que le llevara una ayuda económica y, al mismo tiempo, le informara sobre la situación actual de la comunidad que pasaba por pequeñas rencillas, especialmente entre dos mujeres a las que Pablo quería mucho, Evodia y Síntique, además de hacerle saber sobre la actividad de los judaizantes que habían llegado a la comunidad.

Epafrodito enferma gravemente en Éfeso hasta correr peligro de muerte, situación de la que también se entera la comunidad de Filipos, provocando en ella la natural preocupación. Una vez que Epafrodito se ha recuperado, Pablo aprovecha su regreso para agradecerle a la comunidad de Filipos la ayuda recibida y les envía esta carta.





El texto está ubicado justo al final de la carta, en la que Pablo agradece por la ayuda económica que ha recibido, señalando que la aceptado con gran alegría, siendo esta una prueba de las excelentes relaciones que hubo entre el apóstol y la comunidad de Filipos y, por supuesto, por haberle enviado a Epafrodito para acompañarle en la cárcel. Por su parte, Pablo no deja pasar la oportunidad para hacer de este agradecimiento una lección de fe, afirmando de sí mismo que está acostumbrado a vivir en la hartura y en la escasez, pues todo se puede vivir en Cristo que lo ha fortalecido y en quien ellos deben poner su confianza.

Mateo 22,1-14

A todos los que encontréis, convidadlos a la boda

Jesús ha llegado a Jerusalén en compañía de sus discípulos, a quienes ha ido formando a lo largo del camino. Después de su entrada triunfal en Jerusalén (21,1-14), habiendo sido aclamado por quienes le han reconocido como el Mesías, “Bendito el que viene en el nombre del Señor”, se dirige al Templo y comienza a realizar la última etapa de su ministerio (21,23-ss), enseñando con autoridad y dirigiéndose a cada uno de los diferentes grupos de las autoridades religiosas.

De repente se presentan los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo, las personas más importantes desde el punto de vista religioso y político, Toman la iniciativa planteando el problema de la autoridad de Jesús, pero él, recurriendo a una argucia no les responde (21,23-27), pero tampoco les da tiempo para reaccionar y les suelta la parábola de los dos hijos (21,28-32) que los hace quedar muy mal.

Después de contar esta parábola, se retiran los ancianos y se hacen presente los fariseos. A ellos y a los sumos sacerdotes cuenta Jesús la parábola de los viñadores (21,33-46), un ataque durísimo impersonal; pero ellos no se atreven a decir nada y deben escuchar la tercera parábola “el banquete de bodas” (22,1-14).

La parábola comienza con el rey (Dios) que celebra la boda de su hijo (Jesús). Cuando envía a sus empleados a traer a los invitados estos simplemente no quieren ir, por segunda vez envía empleados para repetir la invitación, pero como la oposición es aún mayor la reacción del rey es dura, pues





manda su ejército para acabar con los asesinos y prender fuego a la ciudad (una clara referencia a la destrucción de Jerusalén a manos de los romanos en el año 70).

Pero el rey no se deja vencer e invita a todo tipo de personas buenas y malas, sucediendo algo interesantísimo al final de la narración y es que se presenta un invitado sin vestido de bodas y es echado fuera. Pasemos entonces del año 30, cuando Jesús cuenta la parábola, al año 80, época en la que se pone por escrito este Evangelio, y comprendamos que en la comunidad cristiana de Antioquía de Siria, si bien es cierto que se aceptan a todas las personas, porque en el Reino de Dios pueden entrar todos, malos y buenos, también es cierto que quien acepta la invitación debe presentarse dignamente vestido; es decir, debe hacer su constante proceso de conversión.

En el desarrollo de la parábola se evidencian dos invitaciones por parte del rey, la primera invitación evoca las llamadas de Jesús a los israelitas a quienes Dios había preparado como pueblo a través de los profetas, sin embargo, esta invitación es rechazada por los invitados en dos ocasiones. La doble invitación sorprende por la gratuidad, pues el rey no impone obligaciones a los llamados, simplemente quiere honrarlos pidiéndoles que compartan con él las bodas de su hijo; el texto supondría que los llamados son los súbditos del rey al que deben obedecer, estando preparados para responder y compartir su fiesta. Pero se destaca la negativa de ellos yendo cada uno a su trabajo, bien se van a sus tierras o negocios e incluso matando a los siervos del rey para quedar tranquilos.

Ante las dos negativas de los invitados, el rey montó en cólera y arruina a aquellos asesinos prendiendo fuego a la ciudad. Esa ciudad es Jerusalén y el texto evoca aquí su destino trágico cuando los romanos la tomaron y la quemaron tras la dura guerra del 67 al 70 d.C. Esta manera de comprender la historia es propia de la literatura apocalíptica, en la que el texto atribuye esa destrucción a Dios mismo. De esa forma indica que la caída de Jerusalén formó parte del misterio de la revelación de Dios que será al final revelación de gracia.

El rey no se da por vencido y, aun cuando la primera invitación a los primeros invitados ha fracasado y terminado en desgracia, hace una nueva invitación a otro tipo de personas, esta vez salen a todos los cruces de los caminos y convocan a todo tipo de personas, judíos y gentiles, buenos y malos, pobres y enfermos, en esta ocasión los invitados son toda la humanidad.





II PISTAS PARA LA HOMILÍA

- Dos banquetes, uno en el monte Sión y otro como celebración de las bodas del hijo del rey, traen al corazón del pueblo cristiano el anuncio de que el Reino de Dios es semejante a un gran banquete al que hemos sido invitados desde la gratuidad y generosidad de Dios que trae la salvación a quienes cumplen con sus mandatos, a quienes deciden ir a la casa del rey para festejar su alegría, por el hijo que se ha casado. Somos los creyentes en la celebración quienes hoy han venido a la eucaristía, banquete por excelencia que nos sirve el Padre de la gloria cuando nos entrega a su Hijo muerto y resucitado que se hace alimento de salvación aquí y ahora, pero también que se hace viático para la vida después de la muerte a este mundo.
- Hay que presentarse en este banquete con el traje apropiado, aceptar la invitación merece ponerse el traje que corresponde que no es otra cosa que el sostenimiento de un verdadero camino de conversión, que supone que no es suficiente decir ¡Señor, Señor!, sino que es necesaria una colaboración, asumir la responsabilidad en el camino de ser cristiano auténtico.
- Estar preparados para vivir en la abundancia y en la escasez. A ejemplo de Pablo, el creyente está llamado a asumir con entereza las condiciones de vida que se le presentan, bien sea como fruto de sus propias decisiones, bien sea como resultado de lo accidental y fortuito de la vida, que nos puede conducir a situaciones de comodidad o de carencia, de gozo o de sufrimiento, viviendo siempre en la confianza en Dios y su providencia que sostiene y acompaña el caminar del cristiano.





III SUBSIDIO LITÚRGICO

Monición de entrada

Hoy el Señor nos congrega en la celebración de los misterios de nuestra fe y nos encontramos aquí como elegidos. Es Él quien nos hace dignos de su presencia por su infinita misericordia. Nuestra débil fe se convierte muchas veces en límite para abrirnos totalmente a la gracia divina, pero hoy celebramos que todo lo podemos en Aquel que nos conforta.

Monición a las lecturas

Un vestido de fiesta es culturalmente el signo con el que reconocemos la importancia de la invitación y sobre todo de quien invita. En nuestra vida espiritual es el Señor quien con su misericordia nos dignifica a pesar de nuestras dificultades y limitaciones. Escuchemos la Palabra de Dios con atención y experimentemos cómo el Señor nos llama a participar con alegría de la fiesta de su salvación.





Oración de fieles

Presidente

Elevemos al Padre de todo consuelo nuestras súplicas, reconociendo ante todo que en Él está nuestra esperanza y nuestro consuelo.

R/. Padre de todo consuelo, ¡escúchanos!

1. Para que el Señor conceda al Papa Francisco y a todos los pastores alrededor del mundo generosidad en el servicio y espíritu de discernimiento, y así todos los esfuerzos de la acción evangelizadora lleguen hasta las periferias donde el Señor y su amor se necesiten.
2. Para que Dios continúe derramando su sabiduría en las asambleas del Sínodo de los Obispos en la ciudad de Roma y el Espíritu Santo siga fortaleciendo a la Iglesia Universal en el amor y en la unidad.
3. Para que el Señor conceda a todas las naciones reconocerse como corresponsables del cuidado de la casa común, particularmente de los ambientes y pueblos en condición de vulnerabilidad.
4. Para que el Señor conceda sabiduría a los gobernantes, particularmente a los que van a ser elegidos en los próximos días, y así sea Dios quien por medio de ellos provea justicia y paz.
5. Para que en nuestra comunidad parroquial las acciones evangelizadoras provean cada vez más el conocimiento de Cristo y su Espíritu nos lleve a procurar consuelo a todos los que lo necesiten.
6. Para que, a pesar de nuestra debilidad, el Señor nos confirme en la certeza de que todo lo podemos en Él que nos conforta y nos done el vestido de fiesta para aprovechar sus bendiciones abundantes.

Presidente

Gracias te damos, Padre de amor, pues eres misericordioso y no te fijas en nuestras debilidades y limitaciones, sino nos ayudas y consuelas; acoge benigno estas súplicas que te presentamos en nombre de Cristo, tu Hijo, que vive y reina por los siglos de los siglos.

